

Juventud y contrastes

Robert F. Beers
Abogado constitucionalista

La escena era insólita. Me rodeaban decenas de adolescentes israelíes, con distintivas camisetas azules. Con energía y brillo en las miradas, me lanzaban... preguntas sobre la política internacional de Costa Rica hacia Israel, y especialmente me pedían explicaciones sobre el traslado de nuestra Embajada de Jerusalén a Tel Aviv. Era un alarde de cultura y conocimiento.

Al volver a mi país, encontré una imagen que, por su contradictorio paralelismo, me recordó la anterior. También eran decenas de adolescentes, con uniformes característicos. Con inagotable energía y ojos brillantes, lanzaban... piedras, palos, gruesas ofensas, escupitajos, gestos de desafío. Como langostas, destrozaban todo a su paso. También era un alarde, pero de malacrianza.

Israel es un país que destaca por su amplia cultura y el nivel de su educación. Pero también por la capacidad de involucrar a sus jóvenes en la vida nacional, a través de la organización y del otorgamiento de responsabilidades. Índices que en Costa Rica son monstruosos, como la deserción escolar, los embarazos adolescentes, la delincuencia y la drogadicción, son mínimos en ese país. ¡Y nosotros pensando que ellos son los violentos...!

¿Serán tan distintos los jóvenes de Israel de los de Costa Rica? ¿O finalmente llegó el momento de admitir que hace años estamos haciendo las cosas muy mal en materia de juventud?

Al igual que la institucionalidad política y religiosa, claramente la educación formal es cada vez menos atractiva para nuestra juventud. Pero mientras muchos teorizan sobre los intereses y anhelos de la población joven, casi nadie se preocupa de averiguar qué opinan los propios jóvenes. Sin duda hace falta un canal de diálogo real (no formal) para descubrir estos intereses y metas. Sin embargo, las instituciones que deberían desempeñar esa función simplemente no lo hacen.

“Ahorrar en educación es ahorrar en civilización”, dijo Omar Dengo. Pero los últimos gobiernos han sido avarientos (el 6% del PIB sigue sin ser real). Peor aún, somos aún más mezquinos en la formación, la disciplina y los valores. No se educa con el ejemplo. Escudamos la desidia detrás de conceptos tan nobles como los “derechos humanos”, término que se pervierte y retuerce para justificar la alcahuetería y la impunidad. Temas como el respeto, la ética, la visión de futuro, la honestidad y la responsabilidad por los actos brillan por su ausencia, con la complicidad de un sistema excesivamente tolerante y centrado en la memoria.

Mientras se llega a actos casi risibles para justificar los “200 días lectivos”, nadie se molesta en actualizar los programas o el calendario escolar. Peor aún, se vilipendia y desprecia a los educadores, y se les obliga a arrodillarse ante una “mafia” politizada (descripción del propio Ministro Garnier) para asegurar su estabilidad laboral, mientras viven aterrorizados e impotentes frente a sus propios estudiantes. ¿Puede un sistema educativo así responder a las necesidades de los jóvenes?

Israel y otros países desarrollados son asombrosos ejemplos de éxito. Entendieron que su supervivencia como naciones depende de lo que hagan con su juventud. Supieron motivarlos, incorporarlos, escucharlos, movilizarlos y crearles los espacios para ayudarles a crecer. A esto debemos aspirar también nosotros, aprendiendo de sus experiencias y métodos (tema de un próximo artículo). Si Israel, a pesar de la adversidad, ha triunfado con sus jóvenes, ¿por qué no Costa Rica?

La Nación, 30 marzo 2007.